

DE LAS COPLAS DE DON JORGE MANRIQUE

COMENDADOR DE MONTIZON

Exposición hecha en la clase de Filosofía del Lenguaje por su alumno
el señor D. A. J. Orduz L.

SIGLO XV

Difícil me será analizar con detenida atención la bella elegía de Jorge Manrique, quien en coplas de inmortal trazo cantó la muerte de su padre don Rodrigo, maestro de Santiago, valiente caballero y leal ciudadano. Y digo difícil porque a la falta de libros se une el poco acopio de conocimientos literarios que menguan por sí la ya rebajada crítica que intento. Por lo tanto no será por demás solicitar vuestra atención, que debéis salpicar con un tanto de cortesía y otro mucho de paciencia, para que así pueda iniciar sin temor este hermosísimo ensayo.

Y permitid también que haga una breve reseña de la vida de don Jorge a manera de prefacio para que viendo en ella la fuente no extrañéis el manantial que salta y se dilata.

Fue este poeta de los albores del año de 1440 y estando ya en botón o algo en flor la época más bella de la humanidad por el desarrollo de las artes, por el grande desenvolvimiento de las ideas y por la realización feliz de muchas empresas. Tuvo este insigne bardo la gloria de nacer en el Renacimiento.

El supo la grandeza de las monarquías, del esplendor de las cortes, del honor de las palestras, de la gloria en las guerras contra moros, del orgullo bien entendido de los sabios y de la satisfacción de un aplauso en la tribuna.

Era, como es natural, por su nombre y títulos, gente de buena estirpe y fama. Hombre de bríos que llevaba un corazón de sangre moza por donde corrían algo más

que los escarlatas de lo común y lo vulgar, y en fin, era cristiano como buen caballero y español.

Bástenos esta síntesis de la personalidad del comendador de Montizón, que también se añade a sus glorias este título, para dar idea del tiempo y el ambiente en que vivió.

Y pues hablamos ya del autor, sea bueno ahora entrar en materia haciendo resaltar los accidentes gramaticales que al paso de la lectura de las coplas se vayan presentando.

«Recuerde el alma adormida
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida
Cómo se viene la muerte
Tan callando.»

Puede notarse el énfasis que el adverbio relativo *cómo*, acentuado, comunica a las dos frases que lo llevan y la ventaja que tiene como tal a las expresiones equivalentes: *de qué manera*, *de qué modo*, etc.

Y ese sabor profundo que le da a la copla, la hace mejor y más agradable.

«Cuán presto se va el placer
Cómo después de acordado
Da dolor
Cómo a nuestro parecer
Cualquier tiempo pasado
Fue mejor»

Es curioso la variedad de significados que el *cuán* tiene en el primer verso de esta parte. Porque ni tiene un marcado carácter admirativo, ni su resolución por la expresión «*qué tan*» traída por Bello para reemplazar al *cuán*? interrogativo, satisface plenamente, y ni el adverbio *cómo* imita con acierto lo que el dicho *cuán* encierra. Me parece que bien cuadra y sienta mejor el reemplazo por «*puesto que*», viendo, como es natural, la superioridad de *cuán* sobre tales trucos que le quitan esa especial virtud de tener modalidad de adverbio, visos de admiración y giros corroborativos para empezar una enumeración.

Siguen en el segundo y cuarto versos adverbios relativos que con los primeros que ya analicé, ayudan a embellecer y engalanar estas estrofas, jugando el papel de volutas y hojas canto en la sencillez de una columna.

Más adelante leemos:

«No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Más que duró lo que vió
Por que todo a de pasar
Por tal manera».

Se nos muestra el pronombre demostrativo *tal* bajo el concepto de imagen o semejanza, como dice Bello, propio de los demostrativos *este*, *ese* y *aquel*, de suerte que puede cambiarse por la expresión *esa* anteponiéndole la preposición *de* y pudiéndose decir:

No se engañe nadie, no,
.....
.....
Por que todo a de pasar
De esa manera.

Claro está con detrimento del énfasis que el primero le comunica al último verso.

«Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar a la mar
Que es el morir....»

Bella es esta concatenación, en la cual, el *que* desempeña el principal papel uniendo los diferentes miembros, a la vez que reproduce como relativo.

Se encuentra luego, en la siguiente estrofa, esta frase:

«Allí van los señorios derechos a se acabar y consumir».

Común era en los principios de la lengua poner afijos con infinitivos y gerundios y aun con imperativos, y no escasean ejemplos de clásicos que así los usaron; pero a mi modo de ver esta licencia arcaica fue desapareciendo poco a poco y ya en nuestros días no sería correcto el construir afijos con gerundios o infinitivos

en lugar de posponer los pronombres haciéndolos enclíticos.

«Dejo las invocaciones, de los famosos poetas . . . , no curo de sus ficciones, que traen yerbas secretas sus sabores».

Como vemos en la parte final de esta copla, no es raro el caso de encontrar el *que* usado como conjunción causal fácil de darle su equivalencia por *pues*, pudiéndose entonces decir:

«No curo de sus ficciones,
pues traen yerbas secretas sus sabores»

«Partimos cuando nacemos, andamos mientras vivimos. . . así que cuando morimos descansamos».

La expresión *así que* es equivalente a la frase conjuntiva *de manera que* y entra, como dice Bello de tales expresiones, en la clase de las llamadas *raciocinativas* o más específicamente *consecuenciales*, por anunciar una deducción de lo que precede.

«Este mundo bueno fue, si bien usásemos d'él como debemos».

Extraño es el uso que se hace de la forma *fue* del pretérito con significación de *pospretérito* que es a nuestro entender la que lo reemplazaría correctamente, pudiéndose decir:

«Este mundo bueno sería si bien usáramos d'él. . .»

o también echando mano del subjuntivo *fuera* como lo hicieron Calderón, Lope y otros clásicos o aún, también, usando en la primera parte de la condicional la forma compuesta de este modo:

«Este mundo bueno fue si bien hubiéramos usado d'él».

Pero la verdad es que estando la hipótesis en subjuntivo la apódosis también lo debería estar.

No se explica esto sino como una forma arcaica que pronto se extinguió o como un yerro del gran poeta español que por seguir la corriente de las exigencias del verso desvirtuó la construcción correcta. Pero no

puedo asegurar lo primero por no conocer semejantes transformaciones en los comienzos de la lengua, ni quiero pensar lo segundo que ataca la pureza y elegancia con que Manrique siempre engalanó sus clásicos escritos.

«Y que el Hijo de Dios, para subirnos al cielo, descendió a nacer acá entre nos. . . .»

En los escritores antiguos, y más aún en los que inmediatamente preceden y siguen a Manrique, se encuentra frecuentemente usado la forma *nos* del pronombre de primera persona en casos en los que debería ponerse *nosotros*; y ha sido esta construcción tan trajinada que en las expresiones familiares «*aquí entre nos*», «*hazlo por nos*», amén de muchas otras, aún han quedado vestigios de los ornamentos de antaño.

«Ved de cuán poco valor son las cosas tras que andamos y corremos, que en este mundo traidor. . . etc.»

Juega aquí el segundo *que* un oficio muy elegante y expresivo, que consiste en equivaler a «*porque*» haciéndose así conjunción causal y dándole una fuerza peculiar de racionalidad a la frase.

«Porque en este mundo traidor que. . . .»

«Déllas deshace la edad, déllas casos desastrados que acaecen, déllas por su calidad en los más altos estados desfallecen».

Construcciones estas a nuestro parecer incorrectas pero de suma elegancia y pureza en los tiempos en que estas coplas fueron escritas. Numerosísimas son las elipsis y muchas las permutaciones de palabras, pero tales anomalías en nuestros días, fueron antiguamente sentadas y admitidas.

Y en lo tocante a la elipsis u omisión de palabras, creo recibió la nuestra influencia de la lengua latina, en la

que es frecuente omitir ora el verbo, ora el sujeto, ora otras partes de la oración como pronombres, etc.

Y no se me hace raro, pues, el que en este trozo se haya omitido el *se* y se haya permutado en el segundo verso la preposición *de* en lugar de *por*. Pudiéndose hacer esta transformación:

«*Dé ellas se deshace la edad, por ellas casos desastrados
acaecen....*»

* * *

«*Decidme; la hermosura, la gentil
frescura y tez de la cara, la color y
la blancura, cuando viene la vejez
Cuál se para?*»

El *cuál* interrogativo con que remata la frase, tiene un marcado carácter de adverbio relativo que podemos trocar fácilmente por *cómo* sin que por esto el sentido baje de expresión aunque sí de sonoridad y armonía.

* * *

Dejando someramente analizadas en cuanto toca a la gramática las partes más salientes, de algunas de las tan aplaudidas coplas, réstanos ensayar si ideológicamente acertamos a valorarlas. Me temo sí que un criterio tan escaso para ponderar este tesoro en su justo peso, vaya, tal vez, a contrariar juicios más autorizados que ya hayan dejado sus opiniones rectas en las cuartillas de algún libro o se hallen atildadas en las memorias por conceptos de eximios comentaristas. La verdad es que no me ha caído a la mano ningún comentarío al respecto, quedándome, sólo con mi buena voluntad.

Hay variadísimos temas en los cuales la mente humana ha grabado como en un mármol su propia personalidad pero no hay ninguno como el del duelo que avive tanto el espíritu y ponga en juego con mayor actividad los sentimientos íntimos del alma.

Y son las coplas del Comendador de Montizón, las que cantan los más sinceros acentos y tratan de disimular su pena y su quebranto con las razones infalibles de las leyes severas que ya ponen al hombre en

este mundo, como extinguen su sér, para que viva su nombre en los linos de la historia o apenas se le levante el monumento de una cruz sobre la superficie de la tierra.

Manrique había mirado la muerte con indiferencia, había visto caer en las sagradas guerras muchos centenares de moros, había contemplado con trivialidad cómo esa hada tronchadora de vidas, se disfrazaba bajo el brillo de un alfanje o cimitarra, o bajo la agudeza de una lanza, o bajo el ímpetu de un bridón, que triturara cráneos con sus cascos, como desquebrajara guijarros y pedruzcos; á él le habían pasmado los estertores de muchas agonías y quizá sus ojos habían sido heridos por el brillo de millares de huesas que blanquearan en lontananza, pero su alma cicatrizada para las impresiones hondas que hacen meditar al espíritu dejaba pasar estos eventos como cosas sencillas y comunes. Y no meditó su corazón ni las agujas del dolor le hirieron, hasta que vio caer en la ley inmutable que limita la humana existencia a su querido padre don Rodrigo, hombre de nervios pero probo, caballero en los salones como corajudo y fosco en los combates. Y por eso, con un grito triste de humano desprecio por la vida, vuelve a la realidad el alma que duerme en el letargo de la despreocupación y clama: «Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte contemplando cómo se pasa la vida, cómo se llega la muerte tan callando».

Y no principia su elegía como se acostumbraba en aquellos tiempos empezar las oraciones, discursos o composiciones poéticas, con invocaciones a las musas o con los llamamientos a poetas de renombre y lustre. El sólo eleva sus quejumbres a «Aquel que este mundo viviendo el mundo no conoció su deidad».

Bellísimos y frecuentes son los símiles que urde su imaginación para entonar con propiedad los caracteres del tránsito de esta a la otra existencia que entram-

bas forman el antagonismo de las vidas. Y ora «este mundo es el camino para el otro que es morada sin pesar», o ya «nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir».

El poeta canta con variadísimas formas, todas dignas de un marco, tanto las vilezas del mundo como sus grandezas, que con la muerte se unen para formar la nada. Todos los humanos, los nobles y los plebeyos, los sanos y los enfermos, tanto los ricos como los que trabajan por sus manos «allegados son iguales».

Pasan las generaciones, los siglos caen como hojas de otoño y la ley universal no se interrumpe.

Digno de un hijo cariñoso es el elenco de virtudes con que exalta las grandezas de su padre, en el cual, al decir de don Jorge, cada virtud era semejante a cada uno de los grandes valores de los gentes antiguos; Bendito el hijo que así agota su pensamiento para bendecir con la alabanza la vida de su padre!

Las coplas famosas, que analizamos, tienen un tinte asimilable a todas las épocas del mundo, son antiguas y son nuevas, dicen lo que diría hoy un poeta moderno, tienen la virtud de los vinos que entre más viejos más agradables son al gusto.

Y en fin, dicen con tañido de miserere el anonadamiento de lo percedero y lo terreno, la demostración de lo inestable, la derrota de la vida y el triunfo de la muerte.

